

La paradoja del Westin

Aunque no soy un forofo del jazz, le tengo cariño, ya que si después de estar escuchándolo durante 14 años por el simple hecho geográfico de compartir dormitorio con un hermano mayor apasionado por este tipo de música, yo no lo soportase, me hubiera tirado por la ventana o sencillamente me hubiese interesado mínimamente por ella, que es lo que ha sucedido.

Durante años intenté acostumbrarme al sonido emitido por las trompetas de Miles Davis, Dizzy Gillespie y tantos otros, e incluso musicalmente evolucioné con ellos en sus experiencias más intimistas y subjetivas.

Le cuento esto por que un Domingo saliendo de un restaurante de la ciudad de Valencia, para más señas en el Paseo de la Alameda y en dirección al Hotel Westin en el cual tengo el placer de tomarme, siempre que puedo, una fantástica infusión con pastas, y estando acompañado por la generación femenina de mi familia política (o sea, suegra, esposa e hija), vimos a una persona de color que caminaba con cierta torpeza, que a mí se me antojaba curiosidad por contemplar los enormes ficus y altas y espigadas palmeras de dicho paseo. *“Resulta difícil caminar en línea recta si uno está mirando al cielo”*. Pensé sin soltar palabra alguna.

Su piel, muy oscura. Su cara, angulosa. Su edad, cercana a los 65 años. Su compañía, ninguna. Su ropa, color crema en el chaleco sin mangas y el pantalón con cierta campana, mientras se completaba su vestimenta con un suéter de cuello vuelto y unos zapatos blancos de piel algo macarras.

- *“Pobrecillo”*. Comentó mi suegra con cierta lástima en sus ojos. *“Cómo se ponen estos inmigrantes cuando salen los domingos”*.

Increpó en voz baja segundos después.

- *“No digas eso”*. Justificó mi hija. *“Estará aburrido”*. Yo iba algo atrasado cogiendo la mano de mi mujer y al verle le comenté:

- *“¿Has visto como somos? ¿Y si yo te dijera que es Miles Davis, el mejor trompetista de todos los tiempos?”*.

- *“La verdad es que parece alguien especial, pero tiene pinta de no haber dormido en toda la noche por haber bailado merengue en el Gran Caimán”*. Me comentó mi mujer sin darle más importancia a la presencia de nuestro personaje.

Cuando llegamos a la cafetería del hotel, nos atendieron con la cortesía de siempre y mientras nos encontrábamos degustando esas deliciosas pastas que a mí me vuelven loco, entró por la recepción nuestro amigo.

- *“Serán atrevidos estos... ya verás como lo sacan a la calle. ¡Qué impertinencia!”*. Dijo mi acalorada suegra.

- *“No te alteres a ver si va a ser..... Miles Davis”*. Comenté en clave de broma para quitarle algo de hierro al tema.

Cuando nuestro Miles Davis de mentirijillas se sentó en un sofá cercano al nuestro, un camarero se le acercó.

- *“Lo van a tirar”*. Pensé poniéndome algo tenso preparándome para una situación incómoda desde cualquier punto de vista.

- *“Buenas tardes, Mister Davis. ¿Tomará lo de siempre?”*. Le dijo el camarero en correcto inglés.

- *“Sí, gracias”*. Le contestó en un inglés algo más rápido y menos académico mientras sonreía cordialmente.

En ese mismo momento me di cuenta que estaba ante nosotros el gran Miles Davis.

El ser humano no puede resistirse a la acción de emitir un juicio de valor o simplemente su opinión aunque nadie se lo pregunte, ni le den vela en ese entierro.

No lo olvide. Ahora ya sabe por que no le cae bien a más de uno.